

## VICISITUDES DE LOS ENTERRAMIENTOS REALES DE POBLET DESDE 1835

*Conferencia leída por el DR. PEDRO BATLLE,  
Director del Museo Diocesano, el día 18 de  
abril de 1947.*

El tesoro más glorioso que el monasterio de Santa Maria de Poblet custodió durante los largos siglos de su existencia, bajo las vetustas bóvedas de su austero pero bellissimo templo, fué el conjunto monumental de las tumbas de la Casa real de la Confederación Catalano-Aragonesa, no tanto por la belleza y suntuosidad de las esculturas y relieves que las adornaban, como por los preciados restos de reyes y príncipes depositados piadosamente en aquellos tan primorosamente labrados sarcófagos de alabastro.

Precisamente una de las causas que más influyeron en la grandeza, prestigio y preponderancia del monasterio fué el hecho de haber sido elegido para panteón real con todos los honores inherentes a tal destino. Ello, principalmente, dió ocasión a las frecuentes visitas regias y fué el motivo de la predilección que sintieron por el Cenobio los reyes de la Corona de Aragón y de las donaciones y privilegios con que lo engrandecieron.

El fundador del monasterio, el Conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, no recibió sepultura en Poblet, sino que quiso ser enterrado en Ripoll, siguiendo la tradición de sus antecesores. Pero su hijo Don Alfonso el Batallador, el primer rey con este nombre de la Confederación Catalano-Aragonesa, que no sólo imitó a su padre, sino que rivalizó con él en la protección dispensada al monasterio de Poblet, dispuso, en escritura del año 1175, que su cuerpo fuese sepultado en este cenobio, aunque con la salvedad de que, si se conquistase Valencia y pudiese fundar cerca de esta ciudad un monasterio cisterciense —que quería fuese súbdito de Poblet— deseaba ser enterrado en él. Así pues, el panteón de los reyes se trasladaba, con esta disposición, del vetusto monasterio de Ripoll, centro espiritual

de la Cataluña Vieja, al de Poblet, que lo había de ser de la Cataluña Nueva.

El ejemplo del Rey Don Alfonso fué seguido por la mayoría de sus descendientes y familiares de ellos, algo aisladamente primero, pero decididamente desde Don Pedro IV.

El hijo de Don Alfonso, Pedro II, eligió Poblet para su sepultura en documento solemne de 1190, suscrito ante su padre y el Arzobispo de Tarragona, Don Berenguer de Vilademuls; pero, muerto en la batalla de Muret, fueron depositados sus despojos en el monasterio de Sijena, fundado por su madre Doña Sancha y en donde ella misma estaba sepultada con sus hijas.

Don Jaime el Conquistador, a pesar de que en su juventud había prometido su cadáver al monasterio de Sijena, cambió más tarde de parecer y dispuso en sus varios testamentos que fuese enterrado en Poblet, vistiendo, antes de morir, la cogulla cisterciense y profesando como monje de este monasterio.

Mas sus inmediatos sucesores Don Pedro el Grande y Don Jaime II con su esposa Doña Blanca, tuvieron una especial predilección por el monasterio de Santas Creus y recibieron sepultura en los dos magníficos mausoleos de aquella iglesia, que construyera el segundo de los reyes nombrados. El hijo de Pedro el Grande, Don Alfonso III, muerto en Barcelona a los pocos años de su reinado, había sido sepultado en el convento de los Franciscanos de aquella Ciudad, y con él algunos hijos de Don Jaime II, mientras otros eran depositados en Zaragoza. Asimismo, Don Alfonso IV fué enterrado en Lérida, en el convento de los Franciscanos, según dispuso en su testamento.

Don Pedro IV el Ceremonioso o del Punyaleit, no sólo ordenó su enterramiento y el de sus descendientes en Poblet, sino que aún joven concibió el proyecto, que llevó a cabo durante su largo reinado, de construir para sí y para los suyos y para digna sepultura de sus antepasados, los espléndidos sepulcros, que mandó colocar sobre elegantes y atrevidos arcos entre los pilares del crucero de la iglesia populetana. Después de él, en los siglos XIV y XV, los restos mortales de casi todos los reyes y reinas, príncipes e infantes fueron depositados piadosa y suntuosamente en nuestro Monasterio, y con ellos, los de numerosos nobles que siguieron el regio ejemplo. "Ocho reyes, nueve reinas, dos príncipes, cinco infantes y treinta y dos duques y condes emparentados con la familia real; más cinco prelados y veintisiete barones, señores feudales, guerreros y Maestres de

Ordenes militares recibieron sepultura en este inmenso panteón populetano" <sup>1</sup>.

Los mejores artistas catalanes fueron llamados para la construcción y embellecimiento de los mausoleos y demás sepulturas. Los maestros Aloy i Guines, Jaime Castalls o Cascalls con su esclavo Jordi de Deu, libre después con el nombre de Jordi Johan; el maestro Esteve, Bernardo Teixidor, Pedro Oller, Gil Morlanes y, más tarde, los hermanos Grau, labraron en riquísimo y transparente alabastro aquellas bellísimas estatuas yacentes, aquellos magníficos relieves con escenas de victorias y de funerales, las deliciosas imágenes sagradas, de encapuchados y enlutados, las delicadas arquerías y filigranas, y construyeron los finísimos doseles de madera policromada que cubrían los panteones principales; de cuya magnificencia y suntuosidad apenas si podemos formarnos idea a base de los míseros fragmentos que, mutilados y dispersos, han llegado hasta nosotros, por los profanados y lacerados sepulcros que quedan en el templo monacal o por los no siempre hábiles y exactos dibujos antiguos que los copiaron.

Y todo este maravilloso conjunto artístico de tan alto valor histórico fué bárbaramente destruido en unas horas de locura colectiva, y aquellos restos gloriosos profanados, desparramados por los suelos, pisoteados y en gran parte perdidos.

En estos momentos en que presenciamos con honda emoción la resurrección del monasterio de Poblet, escuchamos de nuevo los cánticos y rezos litúrgicos en su iglesia, contemplamos la reconstrucción de los mausoleos y está preparándose la traslación de los regios despojos a los sepulcros en que durante centurias reposaron en paz, turbada de improviso por una revolución iconoclasta, nos ha parecido oportuno hablar —recordando, ciertamente, cosas ya sabidas de todos— de las vicisitudes por qué han pasado, durante el siglo XIX, estos insignes monumentos funerarios y los restos venerables de los magnates en ellos sepultados, hasta nuestros días en que nos esforzamos en reparar los sacrílegos desastres que empezaron con la revolución de 1835.

\* \* \*

(1) RICARDO DEL ARCO, *Sepulcros de la Casa real de Aragón* (Madrid 1945), pág. 58.

## LOS SEPULCROS REALES

Mucho se ha escrito sobre la ruina de los sepulcros del Panteón real de Poblet <sup>2</sup>, especialmente sobre la destrucción lenta de los mismos al correr del siglo XIX, no siempre, por cierto, de manera desapasionada y objetiva, hasta al punto que se han desfigurado notablemente los hechos y no es fácil señalar el tanto de culpa o apreciar el mérito de quienes han intervenido en mal o en bien de estos insignes monumentos.

No voy a entretenerme en enumerar y describir los sepulcros de los panteones y los otros diseminados en las capillas y diversos lugares de la iglesia del cenobio, ni en recordar los personajes que fueron depositados en cada uno de ellos, mencionando los respectivos artistas que los ejecutaron, ni en ponderar la belleza de sus labras. Basten las frases generales de encomio que he pronunciado en la introducción de mi conferencia, tanto más porque ello habrá de ser materia del estudio que presentará el restaurador de las estatuas yacentes, D. Federico Marés, en su conferencia de mañana.

Los panteones no habían sufrido daños, por lo menos de consideración, en los tiempos anteriores al siglo XIX. Ni siquiera los sufrieron durante los dos años —1822-23— en que la comunidad populetana tuvo que abandonar el monasterio, cuando las luchas entre absolutistas y liberales, a pesar de que las turbas lo saquearon y cometieron en él lamentables desmanes.

En el aciago 1835, cuando la Comunidad fué disuelta y obligada a abandonar el monasterio, tampoco padeció Poblet la invasión de las turbas incendiarias y homicidas que tantos y tan irreparables daños causaron en otros lugares. Pero no por menos violenta fué menor la catástrofe que se cernió sobre él. Los monjes pudieron escapar con cierta facilidad, llevando consigo los bienes que les restaban y parte del tesoro litúrgico, pero hubieron de dejar el Archivo y la Biblioteca que tanta riqueza histórica y cultural contenían. A los pocos días empezó el saqueo, lento pero demoledor, de las turbas: muebles, cuadros, tapices, libros, papeles, ropas, puertas, ventanas, vigas, piedras, hierros, todo lo que pudiera tener algún valor o utilidad fué saliendo en carros y acémilas hacia los pueblos

(2) Cfr. E. TODA I GÜELL, *La destrucció de Poblet. 1800-1900* (St. Boi de Llobregat 1935).

vecinos. Fué profanada la iglesia y quemaron los altares, ardiendo entonces los doseles de madera de los panteones reales, lo cual, sin duda, causó los primeros daños serios a los sepulcros.

Luego, comenzó la búsqueda de tesoros escondidos, y las primeras víctimas fueron las tumbas reales. Rotas las cubiertas, los destrozados fragmentos de las estatuas yacentes fueron esparcidos por el suelo y en los sarcófagos fueron abiertos boquetes para llegar a los ataúdes y remover los huesos gloriosos para recoger las joyas y las armas.

Como diremos más adelante, los despojos reales fueron sacados de algunas tumbas por los depredadores y, cuando Mosén Serret, en 1837, recogió reverente los huesos desparramados por el pavimento de la iglesia y extrajo los que quedaban en los sepulcros para guardarlos en un lugar más seguro y menos indigno, no tuvo necesidad de abrir ninguna tumba. D. Eduardo Toda en su libro "*La destrucción de Poblet*"<sup>3</sup> afirma que las momias de Don Pedro III, Don Fernando de Antequera y Don Alfonso II, encerradas en sus sepulcros, fueron dejadas en Poblet. Pero añade más adelante<sup>4</sup> que en 1841, éstas fueron sacadas de sus sepulcros violados y reunidas a los restos que antes había recogido el mencionado sacerdote. Parece ser, pues, que las tumbas de estos tres monarcas, aunque violadas o, por lo menos, mutiladas, ofrecían suficiente seguridad para guardar los restos, a juicio de Mosén Serret. Pero de ninguna manera se puede decir que estuvieran intactas en la época en que las visitó Parcerisa para sacar varios dibujos del monasterio destinados a la obra de Piferrer y Pi y Margall, como afirma D. Eduardo Toda al hablar de los daños que causó a los sepulcros reales la intervención de Hernández Sanahuja<sup>5</sup>, dando lugar con esta afirmación a fáciles confusiones y a exageración indebida de tales daños. Los autores de "*Recuerdos y Bellezas de España*"<sup>6</sup> dicen de manera clarísima que el litógrafo, en su visita anterior al 1839, solamente vió algunos restos de los sepulcros y que hizo la reconstrucción de los mismos para la lámina correspondiente, a base de la descripción de Finestres.

Antes que Hernández Sanahuja, otros habían ya arrancado fragmentos de esculturas de los sepulcros. El mismo arquitecto

(3) Pág. 236.

(4) Pág. 237.

(5) O. c., pág. 240.

(6) *Cataluña*, tomo II (Barcelona s. f.), pág. 292 y lámina adjunta.



Rogent, que estuvo en Poblet entre 1841 y 1845, confiesa que recogió dos estatuitas de monges, de alabastro, y que guardaba otros fragmentos y objetos valiosos recogidos por D. Claudio Lorenzale, Director de la Academia de Bellas Artes de Barcelona, y por D. Pablo Masferrer, Maestro de Obras Públicas <sup>7</sup>. Fueron la vanguardia de la legión de aficionados, coleccionistas y chamarileros que, poco a poco, iban despojando los panteones y demás monumentos del cenobio, de las reliquias artísticas que los embellecieran, a pesar de las reiteradas y enérgicas intervenciones de la Comisión Provincial de Monumentos, diligentemente documentadas por el M. I. Sr. D. Juan Serra Vilaró en su reciente libro <sup>8</sup>.

Nuestro Hernández Sanahuja se dedicó también, ciertamente, a recoger fragmentos de esculturas, cuya mayor parte, por lo menos, pasó más tarde al Museo Arqueológico de Tarragona, junto con los restos que retiró de Poblet con este expreso propósito, al desmontar uno de los panteones de los Cardona, destinado a la construcción del sepulcro de Don Jaime I en el trascoro de nuestra Catedral.

Otros restos fueron reunidos en el atrio o Galilea de la iglesia monacal, pero, no suficientemente custodiados, pasaron muchos de ellos a manos de despreocupados visitantes.

Así pues, se presenta evidente la catastrófica calamidad que resultó de la destrucción y dispersión de los panteones y sepulcros. Por una parte, las sucesivas devastaciones de los violadores, y, por otra, las depredaciones continuas de los aficionados y anticuarios que atomizaron y esparcieron por los más alejados lugares, hasta del extranjero, los más bellos fragmentos. Y así se explica que en la reconstrucción actual de los sarcófagos no haya sido posible utilizar los fragmentos de los relieves ni completar, como se ha hecho con las estatuas yacentes, la reproducción escultórica de los mismos, quedando reducida la restauración a la reproducción de los meros elementos arquitectónicos, por suerte suficientemente documentados.

Por esto, la intervención tan discutida de Hernández Sanahuja y de la Comisión de Monumentos de Tarragona, en la traslación al Museo Arqueológico de los restos que quedaban en Poblet, aunque, en cierta manera, consumó la devastación de los mausoleos reales,

(7) E. TODA, o. c., pág. 241.

(8) J. SERRA Y VILARÓ, *La Comisión Provincial de Monumentos Históricas y Artísticas de la Provincia de Tarragona ante las ruinas del Monasterio de Poblet* (Tarragona 1946).

no puede ni debe ser criticada con la dureza con que se ha hecho <sup>9</sup>. Esta traslación impidió una mayor dispersión de los restos de los sepulcros y siempre constó que se guardaban en el Museo, pensando en la restauración de los monumentos. Y, cuando D. Eduardo Toda pudo empezar a convertir en realidades los ambiciosos sueños que forjara con el gran Gaudí, al visitar por primera vez, en sus mocedades, las ruinas del monasterio, encontró reunidos y guardados en el Museo Arqueológico la mayor parte de los elementos que, junto con los fragmentos que le fueron entregados por varios coleccionistas y por otros museos, y con los que descubrió debajo de los ingentes montones de escombros que llenaban las dependencias del monasterio, le permitieron acometer, ayudado por hábiles colaboradores, la difícilísima y meritoria labor de clasificar aquellos trozos de esculturas que formaban un montón informe e inmenso, de determinar, tras pacientísimo estudio, a qué sepulcro pertenecían y de identificar y reunir los fragmentos que correspondían a cada una de las estatuas yacentes. Labor digna de todo encomio y ponderación que ha facilitado de manera extraordinaria la reconstrucción definitiva que tan pulcramente y con tantos alardes de técnica está llevando a cabo el escultor Marés.

#### LOS RESTOS REALES

Las narraciones de la profanación de los sepulcros reales, que por algunos han sido tildadas de exageración, nos describen esparcidos por el suelo los restos mortales de los reyes y de los príncipes, pisoteados y arrastrados de acá para allá; los cadáveres momificados, levantados y arrimados a alguna puerta, a guisa de centinelas, con un palo o escoba como arma de burlas en los brazos.

Desparramados por la iglesia la mayor parte y algunos cadáveres todavía en sus respectivas sepulturas, los vió el virtuoso párroco de Espluga de Francolí, Mosén Antonio Serret, y ello le movió a pedir permiso a la autoridad militar de la Provincia para recoger y guardar los tan preciados restos. Obtenida la autorización en 1837, llevó a cabo esta cristiana y patriótica obra; envolvió en lonas las momias reales y los huesos esparcidos por el pavimento de la iglesia y los escondió en un lugar seguro y secreto de su parroquia. Más tarde,

(9) E. TODA, o. c., pág. 240 y sgs. Cfr. E. TODA, *Destrucción de las sepulturas reales de Poblet en 1854: Butlletí Arqueològic*, (Tarragona), ép. III, núm. 1, enero-marzo, 1935, pág. 23.

en un reconocimiento ordenado por el Gobierno de la Nación, fueron reunidos en el mismo lugar los despojos de los tres reyes que, como hemos dicho antes, habían permanecido en sus violados sepulcros.

De todos es conocida la intervención posterior de D. Pedro Gil, abuelo del llorado D. Pedro Gil Moreno de Mora, Presidente egregio que fué de este Patronato de Poblet y de nuestra Sociedad Arqueológica, quien, conmovido ante el espectáculo de los huesos y momias reales amontonados en un desván de la iglesia de Espluga de Francolí, resolvió colocarlos más dignamente y gestionar el traslado de los mismos a Tarragona. La momia de Don Jaime I el Conquistador, fácilmente identificada por su extraordinaria estatura, fué depositada en una caja de nogal, en forma de sarcófago, y en otras cajas más sencillas de pino, costeadas, como la primera, por D. Pedro Gil, fueron colocados los demás restos.

Trasladados a Tarragona y depositados por un breve tiempo en el edificio del Gobierno Civil, fueron transferidos luego, por acuerdo de la Comisión de Monumentos, a nuestra Catedral y dejados provisionalmente, no sobre las bóvedas inaccesibles del templo metropolitano, como alguien ha escrito <sup>10</sup>, sino en la sala del Archivo Capitular, excepción hecha del cadáver de Don Jaime I, que fué colocado en la sacristía de esta capilla del Corpus Christi, en su sarcófago de nogal.

Tal situación era sólo interina, y pronto se proyectó una colocación más digna de tan precioso depósito. No en 1853, como se ha afirmado <sup>11</sup>, sino ya en 1846, la Comisión de Monumentos había sugerido la idea de que se construyera en la Catedral un Panteón nacional en que depositar los restos de los reyes, lavando de esta manera el ultraje que se les había inferido, e inmediatamente se iniciaron las gestiones para realizar este proyecto <sup>12</sup>.

Dificultades y demoras incomprensibles lo malograron, de momento, pero, a pesar de todo, la Comisión de Monumentos, resuelta decididamente a conservar de manera lo más digna posible los restos identificados de Don Jaime, promovió, en 1853, la actuación de la Junta de Obsequios y logró, con el apoyo de las Autoridades y Corporaciones, en particular, de los Excmos. Cabildo Catedral y Ayuntamiento, que secundaron el proyecto con gran empeño, la erección del panteón del trascoro de la Catedral, construido con los materiales

(10) E. TODA, *La destrucción de Poblet*, 1800-1900, pág. 238.

(11) E. TODA, o. c., pág. 239.

(12) J. SERRA Y VILARÓ, o. c., pág. 158.

de uno de los sepulcros de los Cardona, que fueron traídos de Poblet, y con otros nuevos.

Vencida la tenaz oposición de la ciudad de Valencia, que reclamaba para sí la gloria de custodiar los despojos de Don Jaime el Conquistador, a últimos del año 1856, se hizo la solemnisima traslación de los restos del monarca aragonés al monumento que se había preparado, donde, bajo las bóvedas de nuestro templo metropolitano habían de ser conservados dignamente y seguros de ulteriores profanaciones.

Entonces fueron retirados del Archivo Capitular los restantes despojos de los reyes y fueron trasladados a la sacristía de la Capilla del Corpus Christi y depositados en el sarcófago de nogal, ampliado, que había guardado hasta entonces los de Don Jaime. Fueron colocados allí tal como habían sido recogidos y guardados anteriormente, es decir, mezclados y confundidos los restos de más de treinta personas y sin posibilidad ni esperanza de clasificarlos y de identificar a qué cuerpo pertenecieron.

Quiero notar aquí, que la sacristía de esta Capilla no es simplemente un rincón cualquiera de las dependencias de la Catedral, sino el lugar donde, desde tiempo inmemorial, eran depositados los cadáveres de los arzobispos, mientras se procedía a la construcción de sus respectivos monumentos funerarios y en espera de ser trasladados a ellos. Así pues, aunque no sea el lugar de reposo que los regios despojos merecían, tampoco es indigno de ellos, tanto más que se ha considerado siempre provisional y nunca fué abandonado el proyecto de erigirles un panteón decoroso, como lo demuestran los repetidos propósitos de la Comisión de Monumentos y los proyectos de restauración de la Catedral, presentados a últimos del siglo pasado, en los que se propone la construcción de magníficos mausoleos en varias de las capillas laterales.

Cuando, en 1906, se preparaban los festejos para la celebración del VII centenario del nacimiento de Don Jaime el Conquistador, reverdeció el proyecto de trasladar al interior de la Catedral los restos que se guardaban en la sacristía del Corpus Christi. La iniciativa partió del Excmo. Ayuntamiento, cuyo Alcalde presidía la Comisión de festejos municipales, y fué acogida calurosamente por la Comisión de Monumentos que acudió al Cabildo Catedral y al Estado para obtener las debidas autorizaciones y la ayuda económica necesaria.

El plan acordado se ceñía a la construcción de otro panteón en el trascoro de la Catedral, análogo al de Don Jaime. Pero el arquitecto D. Luis Domenech y Montaner planeó dos grandes monumentos

de estilo modernista, uno para Don Jaime y otro para los demás restos, los cuales habían de ser emplazados entre las pilastras del crucero, semejantemente a como lo habían sido los primitivos panteones en la iglesia de Poblet. Este cambio en los planes acordados y, sobretudo las dificultades que originaba el emplazamiento que se pretendía para los nuevos monumentos, obstaculizaron definitivamente la ejecución del loable acuerdo de dar digna sepultura a los restos reales <sup>13</sup>.

Se llegó a terminar el mausoleo de Domenech y Montaner para Don Jaime, pero no ha sido montado en ningún lugar de la Catedral, sino que sus piezas se guardan, aun hoy día, en unos almacenes anejos a ella; y la construcción del monumento para los otros restos —el más necesario y el que más habían deseado lograr, fuera como fuera, la Comisión de Monumentos y demás Corporaciones tarraconenses— ni siquiera fué empezado, y los restos reales han continuado, hasta el presente, en la sacristía de la Capilla del Corpus Christi.

Ello ha sido, sin duda, una suerte para los magnos proyectos que vemos ahora en efectiva y plena ejecución. De haber sido construídos y levantados los monumentos que proyectara Domenech y Montaner, u otros, dignos de los reales despojos, no se habría podido pensar tan fácilmente en la restitución de los mismos al monasterio de Poblet; traslado que habrá de devolver a nuestro gran cenobio su mayor y más importante timbre de prestigio.

Una traslación parcial se hizo ya, en 1935, con los restos más o menos bien identificados del Príncipe de Viana. Y ahora, una vez terminada la reconstrucción de los sarcófagos y estatutas yacentes, se podrá completar con la solemnidad y pompa que tal empresa merece.

Tarragona ha disfrutado la gloria de guardar y conservar durante casi un siglo las reliquias históricas y artísticas que se salvaron de la gran catástrofe iniciada en Poblet en 1835 y que pudo haber conservado definitivamente. Ahora ha perdido ya los tesoros de arte que guardaba en su Museo y va a perder, dentro de poco, los despojos reales, cuya posesión tanto le honraba. No podemos entristecernos por ello, puesto que nuestro sacrificio sirve para la resurrección espiritual y material del glorioso monasterio de Santa María de Poblet, que está en nuestra Provincia, que es una gloria totalmente nuestra; pero Tarragona no puede menos que sentir un poco de nostalgia por esta pérdida.

(13) Cfr. J. SERRA Y VILARÓ, o. c., págs. 161-168.